



*Apostolado del Oratorio – Meditación de los Primeros
Sábados*

Misterios Luminosos – Noviembre – 2013



*La Transfiguración
de Nuestro Señor
Jesucristo en el
Monte Tabor*

Introducción:

Vamos a dar inicio a la meditación reparadora de los primeros sábados, que nos

fue indicada por Nuestra Señora, cuando se apareció en Fátima en 1917. Ella pidió que comulgásemos, recemos un Rosario y nos confesemos en reparación a su Sapiencial e Inmaculado Corazón. Para los que practiquen esta devoción, Ella prometió gracias especiales de salvación eterna.

Nos estamos aproximando a la celebración de la fiesta magna de la cristiandad, El Santo Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Esperado por 4 mil años, el Mesías, con su preciosísima sangre, rescató al género humano y nos abrió las puertas del Cielo. Sin embargo, poco sabemos lo que significa pasar a la eternidad gozando de la presencia augusta de Dios cara a cara.

El Evangelio de San Mateo, en el capítulo 17, nos narra la ocasión en que Nuestro Señor Jesucristo se transfiguró para los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan. Aquella transfiguración fue para los discípulos una anticipación del Cielo y una inmensa consolación para enfrentar las futuras probaciones de la Pasión y Muerte de Él.

Composición de Lugar:

Como composición del lugar, nos debemos remontar a los tiempos de Cristo, e imaginarnos que estamos en lo alto del Monte Tabor, contemplando el rostro divino de Nuestro Señor Jesucristo, brillante como un sol y transfigurado.

Oración Preparatoria:

Padre Nuestro que estás en los cielos...

Ave María...

¡Nuestra Señora Puerta de la Aurora, ruega por nosotros!

Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo:

Seis días después, tomó Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, su Hermano, y los llevó a la parte alta de un monte, y se transfiguró delante de ellos. Su rostro quedó resplandeciente como el Sol, y sus vestiduras se volvieron luminosas de la cuales eran blancas. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías que conversaban con él. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: «Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y de

la nube salía una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle.» Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo. Mas Jesús, acercándose a ellos, los tocó y dijo: «Levantaos, no tengáis miedo.» Ellos alzaron sus ojos y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo. Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.» (Mt 17, 1-9).

I – La Inmensa felicidad del Paraíso Celeste

San Pablo declara a los Corintios haber sido arrebatado al Cielo en cierto momento de su vida, y haber escuchado palabras imposibles de ser transmitidas y menos aún de poder explicarlas: “... fui arrebatado al paraíso; y oí palabras que no son posibles a un hombre repetir” (II Cor 12, 4).

De hecho, para los místicos se vuelve difícil externar sus experiencias interiores, y por lo tanto podemos entender muy bien cuánto le faltaba a San Pablo términos de comparación para relatar lo que le había sucedido, ya que, de acuerdo con lo que había dicho antes: "ni el ojo vio, ni oído oyó, ni jamás pasó por el pensamiento de un hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor 2, 9). Esta es la maravilla que nos espera cuando entramos en la vida eterna. Y esto debe de haber sido una razón considerable para San Pablo perseverar hasta el momento de su martirio, a pesar de haber visto a continuación, sólo reflejos de lo Absoluto que hoy contempla cara a cara.

1 – Visión beatífica y conocimiento de Dios a través de las criaturas

Consideremos en profundidad – hasta dónde puede alcanzar nuestra inteligencia fortalecida por la fe – cuál será la esencia de nuestra felicidad cuando ingresamos a la visión beatífica.

Según Santo Tomás de Aquino, todos los seres criados por Dios podrían haber sido superiores, con excepción de tres: la humanidad de Cristo, por estar unida a la persona de Dios Hijo; la Virgen Santísima, por ser la Madre de Dios; y la visión beatífica, por tratarse de la visión propia de Dios (1).

San Pablo afirma ser imperfecto nuestro conocimiento en las actuales circunstancias, mas “cuando venga lo que es perfecto, lo que es imperfecto será abolido” (I Cor 13, 10). Y se vuelve aún más clara esa idea utilizándose esta comparación: “Cuando yo era un niño, hablaba como niño, sentía como niño, disertaba como un niño. Mas, cuando me volví un hombre, dejé las cosas que eran de niños. Nosotros ahora vemos como por un espejo, obscuramente, mas (en el cielo) entonces

veremos cara a cara” (I Cor 13, 11-12).

Sin duda alguna, hoy aceptamos numerosas verdades que la doctrina cristiana nos revela a través de la virtud de la fe, mas en el Cielo, la fe se transforma en visión. O sea, no tendremos más necesidad de ella, pues la visión de Dios cara a cara confirmará todo aquello que creemos.

“Ahora vemos como por un espejo...”, o sea, por medio de un instrumento conocemos a Dios, porque las cosas invisibles después de la creación, se volvieron visibles (Rm 1, 20). Y por medio de las criaturas que entendemos mejor al Creador, mas de un modo indirecto, obscuro, y por tanto imperfecto. Sin embargo, cuando llegue el fin, tendremos un conocimiento inmediato y claro de Dios.

2 - ¿Y qué es el Cielo?

El Cielo es “el fin último y la realización de todas las aspiraciones más profundas del hombre, o el estado de felicidad suprema y definitiva” (2); y esa es la gloria que trasluce en la transfiguración de Cristo en el Tabor. Al transfigurarse, el Señor manifestó a los tres Apóstoles el esplendor de su alma y de su cuerpo para animarlos, --en función de la gloria final--, a recorrer el espinoso y dramático camino del Calvario y, con la fortaleza de alma, aceptaran el fruto del martirio que los aguardaba.



II - La Transfiguración del Señor

¿Porqué Nuestro Señor escogió el Monte Tabor?. Tal vez para simbolizar la necesidad de elevar nuestros corazones sobre las cosas de este mundo y, en consecuencia, más fácilmente nos entreguemos a la meditación de las verdades eternas y de ellas sacar todo provecho, conforme las palabras de San Remigio: “Con esto el Señor nos enseña que es necesario, para quién desea contemplar a Dios, no dejarse empantanar en los bajos placeres, mas elevar el alma a las cosas celestiales, por medio del amor a las realidades superiores. Todavía enseña a sus discípulos que no deben procurar la gloria de su bienaventuranza divina en las regiones más bajas del mundo, mas si en el reino de la beatitud celestial” (3).

Otra razón y por el hecho de que se apartara de las criaturas es condición

indispensable para entrar en contacto con Dios y, más aún, para verlo.

1 – El resplandor esplendoroso del alma de Jesús

Como narra el Evangelio, Nuestro Señor se transfiguró delante de los Apóstoles. ***“Su rostro quedó resplandeciente como el Sol, y sus vestiduras blancas se volvieron luminosas”.***

¿En esto habrá consistido esa Transfiguración?. Evidentemente, no vieron los Apóstoles la divinidad de Cristo, inaccesible a los ojos humanos. Vieron apenas una franja de los destellos de la verdadera gloria de la humanidad sagrada de Jesús. Probablemente, nada más de lo que el don de la claridad de la cual gozan los cuerpos gloriosos.

Recordemos cómo el Salvador tenía preferencia por la noche para orar y por lo que podemos imaginar este extraordinario evento que se haya dado después de la puesta del sol, en medio del silencio de la naturaleza, así Él se manifiesta a nosotros cuando hacemos callar en nuestro interior el murmullo de las criaturas y buscamos las luces del alto después de que hemos apagado las de aquí abajo.

“Y su rostro resplandecía como un Sol”. (Ap. 1, 16), o sea, rayos de luz salían de su Sagrada Rostro y se esparcían a buena distancia. Sin dejar de ser su misma fisonomía, poseyendo sólo connotaciones terrenas, se volvió radiante de brillo y esplendor, con plena vitalidad y dulzura.

Se puede uno imaginar la grandeza al venir a juzgar a vivos y muertos en el fin de los tiempos, una vez que Su rostro será aún muchísimo más brillante que en esa ocasión.

Por más sublime que sea el arte humano, difícilmente supera ciertas bellezas de la naturaleza salida de las manos de Dios. Por encima de estas, son las maravillas de la gracia, las cuales ultrapasan todo límite. Así deberían ser las vestiduras de Jesús durante Su Transfiguración, bien diferente, muy diferente, a las usadas por nosotros en esta vida que termina en muerte. Ese brillo de las ropas de Jesús era una pálida manifestación de la gloria de Su adorable alma, bienaventurada por la gracia, de unión y por encontrarse en la visión beatífica desde el primer instante de su creación.

2 – El poder sobre la muerte es la vida

Continuando, el Evangelio nos dice que en la Transfiguración aparecieron Moisés y Elías hablando con Él.

Si la fe de los Apóstoles necesitase de una confirmación, allí estaban dos testigos

adorando a Cristo Jesús. Más no eran dos testigos cualquiera, éstos tuvieron enorme significado: uno representando a la Ley, y el otro a los Profetas. Íntimamente unidos al Mesías, cumplían de manera soberana las exigencias jurídicas para la autenticidad de un testimonio absoluto. Termina la Ley, se cumplen las profecías. Toda la creación se postra a los pies del Prometido de las naciones.

Esos dos grandes personajes aparecen en la Transfiguración del Señor, según nos asegura San Juan Crisóstomo, “para que se conociera que Él tenía poder sobre la muerte y la vida; por esta razón se presente Moisés, que había muerto, y Elías que todavía vivía” (4).

3 – “Yo y el Padre somos uno”

¿Y lo que se dice de la nube luminosa que los envolvió? De ella salió una voz que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien he puesto toda mi complacencia; escuchadlo”.

En las Sagradas Escrituras, aparecen algunas veces una u otra nube para simbolizar la presencia de Dios y Su manifestación divina. Varios son los pasajes del Éxodo en que ellas son utilizadas como señales sensibles de esa manifestación.

No resta la menor duda de ser la voz del Padre que proclama: “Este es mi Hijo”. Y de hecho, analizando en profundidad, solamente Cristo Jesús cumple todos los requisitos del Hijo perfecto. Posee la misma substancia del Padre, como Él mismo afirmó: “El Padre y Yo somos una misma cosa” (Jn 10, 30). “Felipe, quien me ve, ve también a mi Padre (Jn 14, 9).

En el coexisten las dos naturalezas: Es el Verbo Divino que resplandece en gloria; y es humano cuando proclama que manifestó el nombre de Dios a los hombres y Lo glorificó sobre la Tierra (Hb 1, 3), (Jn 17, 6), (Jn 17, 4).

Además de esto, fue de una insuperable obediencia: “No se haga Mi voluntad sino la Tuya” (Lc 22, 42); “mi alimento es hacer la voluntad de aquel que Me envió” (Jn 4 ,34); “¡Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz!” (Fl 2, 8). Siempre en entera sumisión, imitando en todo: “El Hijo no puede por si mismo hacer cosa alguna, más solamente lo que ve hacer al Padre” (Jn 5, 19).

El no es hijo adoptivo de Dios como nosotros, a través del Bautismo. Más Él es hijo de Dios por naturaleza. Como nos dice San Juan: “El Hijo de Dios ha venido y nos dio entendimiento y luz para conocer el verdadero Dios” (I Jn 5, 20).

4 – El Hijo amado en el cual Dios puso toda su complacencia

Cuando amamos algo, buscamos una bondad que preexiste en ese algo, como un reflejo del propio Dios. Nuestro amor no es eficiente a punto de producir la bondad en los objetos que amamos. Por el contrario, el amor de Dios, según Santo Tomás de Aquino, es tan rico que introduce la bondad en los seres que Él ama. Él es la bondad por esencia y la difundió en todas sus criaturas. Pero, el Evangelio afirma que el Padre colocó “toda” su complacencia en su Hijo Unigénito (Jn 3, 35). Por tanto, al colocar en Él todo su amor, puso en Él toda su bondad.

5 – La fragilidad humana delante de la gloria de Dios

Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo.

La voz del Señor toca el fondo del corazón de los inocentes, tal cual se dio con Pedro en la barca, o con Tomás en el Cenáculo: caen con la cara por tierra. Sobre los malos, su efecto es más bien el contrario: caen de espaldas, como sucedió con los soldados que fueron a aprehender a Jesús en el Huerto de los Olivos.

San Jerónimo procura explicarnos las razones de esta caída de los Apóstoles: “por tres motivos caerían aterrorizados: porque comprendieron su error, porque quedaron envueltos por la nube luminosa y porque escucharon la voz de Dios que les hablaba. Y no pudiendo la fragilidad humana soportar tanta gloria, ella se estremece con todo su cuerpo y toda su alma, y cae por tierra: pues el hombre que no conoce su medida, cuanto más quiera elevarse hasta las cosas sublimes, más se desliza hasta las bajas” (5).

Sin embargo, Jesús se aproximó a ellos, los tocó y les dijo: “Levantaos, no temáis”.

Además de la omnipotencia de su presencia y de su voz, Jesús quiso tocarlos con su propia mano. Ese hecho nos hace recordar aquel pasaje de Daniel: “una mano me tocó y me hizo levantar” (Dn 10, 10). Llegó así, a ser tan evidente para ellos la fuerza que partía de Jesús y no de la naturaleza de ellos.

Ellos alzaron sus ojos y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo.

Desaparecieron de sus ojos la Ley y los Profetas. Ahora entienden experimentalmente como Jesús es el esperado de las naciones.



III – Conclusión

En el Tabor, Jesucristo nos hizo conocer una parte de su gloria en los reflejos de la claridad propia de su cuerpo después de la Resurrección. Pálida ejemplificación de lo que veremos en el Cielo, como fruto de los méritos de su Pasión, de los fulgores de su visión beatífica y de la unión de las naturalezas divina y humana. Como objetivo inmediato, quiso Él fortalecer sus discípulos para que asumieran con heroísmo las tristes provocaciones de su Pasión y Muerte, al margen de la manifestación de su divinidad. Sin embargo, no era ajeno a sus divinos designios, dejar consignado para la Historia cuales son las verdaderas y reales alegrías reservadas a los justos *después de la muerte*.

En contrapartida, el demonio, el mundo y el pecado nos prometen alegrías con aires de eternidad. Entretanto, su fruición siempre fugaz es seguida de amargas frustraciones; y al final de esta vida seremos lanzados al fuego eterno como castigo, si no hubiera de nuestra parte un verdadero arrepentimiento, propósito de enmienda y la obtención del perdón de Dios.

En el Tabor, la voz del Padre proclama: “Escuchadlo”. Esta recomendación se dirige sobre todo a nosotros, los bautizados, pues somos hijos adoptivos de Dios y, por tanto, ya pasamos una inmensa transformación cuando ascendemos al orden sobrenatural, dejando de ser exclusivamente puras criaturas. Sin embargo, cuando penetramos en el orden de la gloria, otra transformación se dará, pues seremos como Él es ahora. Para allá llegaremos, invitándonos Jesús a iniciarnos por las dificultades de los primeros pasos del camino de la virtud, sustentados después por mucha paz de alma y, por fin, seremos los mismos transfigurados en lo alto del Tabor eterno.

El Cielo, por sí, es una enorme manifestación de la bondad de Dios, un riquísimo tesoro de felicidad que Él nos promete y un poderoso estímulo para aceptar con amor las cruces de nuestra existencia terrena. Confiemos en esa promesa con base en las garantías de la Transfiguración del Señor y pidamos a la Madre de la Divina Gracia, que bondadosamente nos auxilie con los medios sobrenaturales para llegar sanos y salvos, decididos y seguros al buen puerto de la eternidad: El Cielo.

Oración Final:

Oración rogando a Nuestro Señor el don de la felicidad celestial

Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, Vos que te transfiguraste en el Monte Tabor a fin de que vuestros discípulos comprendiesen mejor vuestra misión y vuestra filiación divina; comprendiesen que vuestro Reino no es de este mundo, que la Cruz que te aguardaba no sería señal de derrota y que la gloria a vos pertenecía y acompañaba por derecho y poder, independientemente de los acontecimientos.

Sabemos que redimiste al género humano, triunfaste sobre el mundo, el demonio y el pecado; y que con vuestra muerte venciste a la muerte. Sin embargo muchas veces la obra desbastadora del enemigo nos tienta en la incredulidad, flaqueamos y disminuimos nuestro fervor, nuestra piedad y nuestro amor para contigo. La certeza de que reservaste para los justos el Paraíso Celestial, donde nos aguardan los Ángeles y la Bienaventurada Virgen María, danos por su intercesión el fortalecimiento de las virtudes de la Fe, Esperanza y Caridad; sobre todo la gracias de la perseverancia final, a fin de que, habiendo alcanzado el estado de gloria, gocemos eternamente de vuestra augusto rostro. ¡Así sea!

Obras utilizadas:

- 1) AQUINO, Tomás de. *Suma Teológica*. I, q.25, a.6, ad 4.
- 2) CCE 1024.
- 3) AQUINO, São Tomás de. *Catena Aurea*.
- 4) Idem, ibidem.
- 5) Idem, ibidem.

Apostolado del Oratorio – Devoción de los Primeros Sábados”

Informativo destinado a los coordinadores del

Apostolado del Oratorio

Divulgación restringida

[Heraldos del Evangelio heraldos@heraldos.org.mx](mailto:heraldos@heraldos.org.mx)